

Poemas

Por JOSÉ MORAN FERNÁNDEZ

Navidades de mi infancia

Navidades de mi infancia,
nueces, almendras, castañas,
peladillas y turrones,
caricia de hogar, hazañas
de una niñez que se ha ido,
temblando como una caña
de un amor que se estremece
y en la madurez se extraña.

Navidades de mi infancia,
padres, abuelos y hermanos,
pueblo que me vio nacer
y que agitaba sus manos,
pidiendo con ilusión
al redoblar de tambores
que a todos tornara amor
y a nadie diera dolores.

Navidades de mi infancia,
chiquitín siempre riendo,
en el portal de Belén
la paz estaba naciendo.



La muria de la presa de Santibañez

En defensa del hombre

Cansado de vivir
siempre en la lucha,
en defensa del hombre maltratado,
del lego que mastica su tragedia
y de la monja que muerde su agonía;
del estudiante en letras ya pasadas
y del maestro amordazado en freno;
del anciano que moría de pena
y del niño muriendo en cada esquina;
de la mujer que siempre en la desgracia
ni el marido siquiera la tolera;
del obrero sin pan y sin sustento
y del empleado que sin sueldo quema;
del empresario transido de avaricia
y el millonario podrido en su cartera;
del cura que predica sinsabores
y del obispo que se afana y suena.

Es el hombre, señor, el que me apena,
ese indeciso ser que se cimbreo,
que escarba, se entromete, se terrea,
busca el azul del cielo y se pelea,
se ilusiona, se alienta, se cabrea,
se frustra, se deprime y machetea,
vuelve a sufrir, le devuelven el golpe y se marea.
¿Es este hombre, señor, el que me apena,
o acaso seré yo quien me doy pena?



Un largo viaje

Por ELEDINO CASTRILLO MIGUÉLEZ

Esta oscuridad es un peso que me agobia. Aún es de noche y ya gorjean algunos pájaros. Pensemos: ayer fue un día muy extraño, conocí a mucha gente y lo pasé bien; pero no sé ni dónde estoy. Tengo que agradecerles, (pero, ¿a quién?) que me dieran de comer y me prepararan esta cama, donde he dormido como los ángeles. A mis años, cinco o seis horas de sueño tranquilo son suficientes, por muy castigado que esté el cuerpo. ¿Cuántas habré dormido esta noche? Es difícil saberlo. Me estoy despertando y se oye el canto de los jilgueros. Poco debe de faltar para que amanezca. Los recuerdos cercanos bailan sin orden ni concierto en mi mente. Tengo que aclararme en cuanto me levante. Mantengo vivo en mi memoria el buen trato de las chicas y la conversación con unos cuantos amigos nuevos. Algunos eran un poco raros, pero a mí también podían verme como un bicho: a veces la cabeza se me perdía por vericuetos difíciles de explorar.

Amanecía un nuevo día con la amenaza de un calor soporífero. Evaristo se levantó del camastro y abrió las ventanas. Lo que vio lo hundió más en la perplejidad de los últimos días. El edificio donde había dormido coronaba un otero fértil y lleno de vegetación, rodeado de una vasta llanura desértica. En torno a la colina, una muralla de tres metros de altura separaba aquel oasis de la inhóspita meseta. Los enfermos